

HUNG-SAI

(cuento de Núria Casas, a partir de la canción *Hung-Sai*)

Fuente: Diversita't (pág. 93)

Hace ya muchos años, tal vez cien, tal vez quinientos o mil, vivió un rico terrateniente en la lejana China. La mitad de los campos de arroz de todo el país era suyos, y la mitad de los chinos trabajaban para él. Se llamaba Fung-ti-chue, y era un hombre ni muy bueno ni muy malo, ni muy viejo ni muy joven, ni muy sabio ni muy ignorante.

Un buen día tuvo una hija. En aquellos tiempos las niñas todavía eran bien recibidas en China, porque no existían los problemas de superpoblación de la actualidad, y el terrateniente estuvo muy contento; tanto, que para celebrarlo dio una gran fiesta a la que asistieron todos los chinos y chinas que trabajaban en sus tierras. Todos fueron a la fiesta del nacimiento de Hung-sai. La pequeña creció entre campos de arroz y regalos, y como cada día era más y más bonita, tenía muchos pretendientes que le llevaban todo tipo de cosas bonitas: que si unas bolas para hacer masajes, que si unos palillos de oro para comer arroz, que si un precioso vestido de seda bordado, que si unos grandes fuegos artificiales hechos con pólvora de la mejor... y, ¡qué sé yo!, tantas y tantas cosas bonitas que podríamos llenar mil o dos mil o incluso más páginas.

Pero Hung-sai no estaba contenta. Estaba sola y soñaba en una cometa de mil colores que pudiera hacer volar los días que soplaban viento. Un buen día, después de un largo periodo de lluvia y viento del monzón, salió el sol, y Hung-sai salió a jugar al patio. Aquel día vio el animal más precioso que hubiera podido soñar: un dragón de todos los colores del arco iris que volaba dando volteretas y haciendo tirabuzones. Se puso a correr tanto como pudo para no perderlo de vista y ver quién lo hacía volar. Y de pronto le vio: era un chico que debía ser forastero, porque no lo había visto nunca antes. Su corazón dio un salto y mil mariposas empezaron a volar dentro de su estómago, y mirad qué pasó: Hung-sai se había enamorado.

- Quiero esta cometa, chico, y te quiero a ti -dijo de pronta Hung-sai. El chico se quedó mirándola y dijo:

- A ver, jovencita, esta cometa la hizo mi abuelo y es mía -un grupito de mariposas también empezaron a saltar en su estómago - si la quieres, tendrás que casarte conmigo.

Hung-sai corrió hacia su padre y le contó que finalmente había encontrado quién sería su marido, un forastero gentil y delicado que tenía la cometa más bonita del mundo.

Pero debéis saber que, en aquel tiempo, en China, como en muchos otros lugares, las chicas y los chicos no podían escoger quién sería su marido o su mujer. Lo decidían los padres y, cuando ya habían escogido a alguien, ya no se podía cambiar. Cuando su padre se lo dijo, Hung-sai lloró mucho tiempo, cien días y cien noches, hasta que apareció un río que todavía hoy cruza China. El chico, que también la amaba, y que todavía hoy la debe amar, marchó muy lejos, de allí de dónde había venido. De vez en cuando, los días de viento, sacaba su cometa y, entre volteretas y tirabuzones, creía escuchar el cascabel de la risa de Hung-sai.

Ella, no paró nunca de llorar. Todavía dicen que lo hace, por eso el río más largo de China todavía tiene agua: porque se han ido añadiendo las lágrimas de todas las chicas y todos los chicos que no pueden estar con quién desearían. Cuando hoy todavía algunos padres no quieren dejar casarse, ni tan siquiera ser amiga a una chica de quién ella quiere, cuando no quieren que un chico hable con quién ama, recuerdan la historia de Hung-sai y van al río a llorar un ratito.